



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN HUMANA

ETAPA III

LOS ABUELOS

ORACIÓN

Jn 21, 18-20

LOS ABUELOS

Desde hace un tiempo, para evitar el sentido peyorativo de la palabra “viejo” o “anciano”, se ha acuñado la expresión “tercera edad”. Después de una “primera” etapa de la vida, dedicada a la formación y al crecimiento acelerado y, una vez transcurrida una “segunda” fase fértil y productiva, las personas llegan a un “tercer” ciclo que suele coincidir con la jubilación. Muchos jubilados y jubiladas, además, son abuelos y empiezan o incrementan en esta etapa una relación más intensa de servicio a los hijos y, sobretudo, a los nietos.

El hecho de estar jubilados, de tener ya una cierta edad, de estar más disponibles para servir o, al revés, de tener la necesidad de ser más atendidos presenta un cúmulo de situaciones y problemas en los cuales la solicitud cristiana puede iluminar caminos diversos. Cabe recordar que el mandato cristiano primordial d’amor se debe cumplir antes que en cualquier otro lugar, en el primer círculo del entorno familiar. Hablemos de ello.

Envejecer: las ventajas.

A la mayoría de las personas nos preocupa envejecer. Vemos como poco a poco las fuerzas nos van abandonando, mengua nuestra movilidad y van apareciendo novedades de todo tipo —en el campo moral, ideológico, político, tecnológico...— que progresivamente nos superan o de los que abiertamente discrepamos. La jubilación se acerca. Algunos la esperan con ansias con la finalidad de librarse de la pesadez de la dureza laboral; otros, en cambio, la temen. Cuando llega no es de extrañar la experiencia de un cierto malestar causado por la sensación de improductividad e incluso de inutilidad. A veces la intensificación abrupta de la convivencia con la propia pareja es causa de mal humor o de conflictos abiertos. Es necesario que todos nos preparemos y nos auto- eduquemos para asumir la llegada de la vejez.

Contemplar la jubilación desde una perspectiva cristiana conlleva, en primer lugar, ser fieles a su etimología: *jubilare*, “alegrarse”... Y aún más: **agradecerla**. Agradecer el hecho de vivir en una época en que la sociedad civil ha hecho suyo un modo de mandato cristiano de solidaridad: **compartir**. Es toda la sociedad que comparte lo que tiene con los mayores cuando éstos ya han dado también lo mejor de su vida. No faltan motivos para fomentar una experiencia de alegría cristiana porque se nos abre una época de poder **profundizar** personalmente así como de hacer un **servicio** hacia los demás.

Profundizar. La jubilación abre una época en la que se obtiene una riqueza impropia de la actualidad: *tener tiempo*. Un tiempo que nos permite una dedicación más tranquila a la oración personal y a la participación en la liturgia de cada día. Precisamente una de las dimensiones más humanas del cristianismo consiste en que nunca podemos considerar inútil a una persona por imposibilitada que ésta pueda estar. También podemos consagrar un tiempo para adentrarnos en nuestra fe a través de diversos medios (asistiendo a cursos y conferencias, leer, etc.). Justifica igualmente una actitud de agradecimiento el hecho de disponer de un tiempo para preparar nuestro encuentro definitivo con el Padre.

Servicio. Los abuelos, si gozan de una salud aceptable, con la jubilación también disponen de un tiempo de servicio a los hijos y, sobre todo, a los nietos. La institución familiar ha sufrido grandes cambios. Con el tiempo las familias han llegado a ser nucleares o incluso monoparentales. Y ya es habitual que las madres se hayan incorporado de lleno al mercado laboral. Los abuelos, que no suelen vivir en casa de los hijos, pueden construir un soporte importante para las familias, especialmente en el cuidado de los nietos. Pueden dedicarles más tiempo del que pudieron consagrar a los propios hijos. Unos abuelos pacientes y afectuosos son, sin duda, los mejores “canguros”. Y si los nietos ven como sus padres hacen de hijos de los abuelos, con respeto y agradecimiento, encuentran en este ejemplo una de sus mejores vías para su educación. Los abuelos por otro lado también pueden utilizar la convivencia con los nietos para explicarles historias de su pasado y, por qué no?, comentar algunos de los episodios más suculentos de los contenidos del Antiguo Testamento o de los evangelios, adaptándolos a los niños, y contribuir así, a “contagiar” la fe.

Envejecer: los problemas

Pero, como no podría ser de otro modo, no todo en un camino de rosas. Entre padres y abuelos, pueden surgir problemas en cuanto a la educación de los hijos. Los abuelos suelen ser más condescendientes ya que están en una edad en la que domina un cierto modo de comprensión escéptica con la realidad y por eso

suelen chocar con la rigidez de los padres. Aquí pueden surgir críticas y malos entendidos. Cabe recordar que los responsables de la educación de los hijos son siempre los padres. Hay que tener un diálogo permanente sobre lo que es mejor o peor para los hijos que son los nietos...También a veces los padres, de buena fe, abusan de los abuelos dándoles demasiada responsabilidad en la atención de los propios hijos hasta provocarles auténticos problemas de ansiedad y de estrés como ya han señalado algunos médicos y sociólogos recientemente. Los abuelos deben evitar comprometerse incondicionalmente. Hay hijos que se realizan a costa de los abuelos y hacen peligrar su salud física y psíquica.

Los abuelos tarde o temprano llegan a una edad en la que presentan problemas de salud, de movilidad e, incluso, de solitud, especialmente aquellos que han llegado al estado de vejez. Es en estos momentos cuando por un lado los abuelos deben intentar sentirse espiritualmente útiles y, a demás, deben tender a creer que si han de ser atendidos ofrecen una magnífica ocasión para que los demás practiquen con ellos la ley cristiana del amor. El buen humor, en la medida que se pueda, y en la mansuetud son actitudes para las que nos deberíamos ir educando mientras nos acercamos a la etapa en la que deberemos ser atendidos.

No podemos obviar que muchos abuelos y abuelas sufren soledad, enfermedades y, a menudo, una carencia en el umbral de la pobreza. Muchos hijos, cuando llegan a esta situación, se los sacan de encima sin recordar que deberían, precisamente ahora, devolverles todo el bien que les han hecho. El cristiano debe decir obstinadamente "no" a este tipo de venganza social que margina, aparta e ignora a quienes cree que son económicamente improductivos. Cabe recordar sin tapujos que es un acto de crueldad reprochable a los ojos de Dios abandonar y dejar solos a los ancianos.

Muy al contrario, para un cristiano, los abuelos, cuando llegan a este estado, deben ser un objetivo principal y prioritario de la atención de los hijos y de los nietos. Debemos, en primer lugar, si es necesario, atender sus necesidades materiales con generosidad. Debemos estar atentos para hacerles compañía, respetar sus silencios y tratarlos con ternura. Es una ocasión idónea para hacer realidad en nuestras vidas las tres grandes metas del mensaje cristiano: amar, confiar y compartir. Y es en estas circunstancias cuando más intensamente podemos vivir el amor cristiano: "Tener amor es saber soportar, ser bondadoso; es no tener envidia, no ser presumido, orgulloso, grosero o egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, soportarlo todo". (1Cor. 13, 4 ss).

Puntos de reflexión

* ¿Me preocupa envejecer? ¿Me preparo para ello? ¿Cuáles son mis circunstancias, mis temores? ¿Cuáles son mis aficiones a las que podré dedicar el tiempo libre del que dispondré?

* Seré capaz de agradecer el tiempo de mi jubilación? ¿Será una ocasión par profundizar en la relación con mi pareja? ¿O con la familia?

* Si estoy jubilado ya, ¿dedico tiempo a la oración, a la asistencia frecuente a la eucaristía, a profundizar mi

fe

?

* Si soy abuelo o abuela, ¿tengo disponibilidad para ayudar en lo que pueda a los hijos y nietos? ¿Cuándo

estoy con los nietos intento provocar la oportunidad para hablarles adecuadamente de mi fe?

* Si soy hijo o hija, ¿abuso del tiempo libre de los abuelos? ¿Soy consciente de que tienen derecho también a su tiempo libre? ¿Me doy cuenta que no les puedo encargar trabajos demasiado pesados o de excesiva duración?

* Si tengo padres o abuelos mayores que están solos o enfermos, ¿les dedico tiempo suficiente? ¿Les hago la suficiente compañía? ¿Tengo la paciencia necesaria?

Textos

- Jn 21, 18-20; Sl, 71, 9; Sl 71, 18-21; Sl 71, 24; Sir 41, 1-4; Sirácida 1, 1ss; Pr 17, 6; 1 Cor, 13; 1 Tim 5, 16; Jm 1, 27;

- Rovira Belloso, Josep Maria: ¿Quién es Jesús de Nazaret? Ediciones 62. Barcelona 2005. pg. 62

- Gaudium et spes, 48,7

Bibliografía

* **Carta a los ancianos** , Juan Pablo II, Ed. Claret. 32 pàg.

- * **Quan l'àvia no sap ni com es diu. Viure amb l'Alzheimer dins de casa** . Coll Llop, Maria Rosa; Farrés Sabater, Josep M.. Ed. Claret. Col. Els Daus 203. 96 pàg
- * **M'he fet vell**. Bayó Samsó, Jaume. Ed. Claret. 96 pàg
- * **Ara ja duc bastó!** Bayó Samsó, Jaume. Ed. Claret. 48 pàg

Barcelona, septiembre de 2006

Delegación Diocesana de Pastoral Familiar. – Diputación 231 – 08007 Barcelona. E-mail: familia@arconet.es
Depósito Legal: B-46.502-2005